

Manuel Belgrano, conductor de un pueblo en armas

FABIÁN EMILIO BROWN

Introducción

En el año 2020 se conmemora el bicentenario del fallecimiento de Manuel Belgrano. Abogado, economista, escritor, político, diplomático y militar, fue una figura cuyo reconocimiento en nuestra historia compleja y marcada por un dualismo extremo despierta pocas controversias. Manuel es un ícono popular que, como pocos, supo interpretar y conducir un sujeto social que tomó para sí la construcción de un proceso histórico, así como transmitir a la posteridad valores y conductas que, encarnadas en símbolos, identifican una nación.

Con frecuencia, un relato sobre el pasado está condicionado por las necesidades del presente y propone falsas antinomias, debates de relativa significación o bien no logra definir la categoría analítica adecuada para comprender y recrear un tiempo pretérito. La personalidad multifacética de Belgrano sea, tal vez, una de las causas por las cuales la opinión sobre la naturaleza del rol social que lo define como figura histórica encuentre dificultades para ser formulada de manera clara y sencilla.

Uno de los debates más difundidos sobre Belgrano está dado alrededor de si la profesión militar era la que definía su rol histórico o si bien tenía preeminencia su condición civil. La imagen de un Belgrano de estilo napoleónico es una representación estereotipada, tal vez necesaria para la consolidación institucional del Estado o del Ejército, pero tan intencional o inconducente

para la comprensión de su actuación histórica como afirmar que su desempeño militar fuera mediocre o simplemente el resultado del imperio de las circunstancias.

Las relaciones civiles-militares constituyen un campo teórico de vasto desarrollo, sumamente útil para comprender la injerencia militar en las cuestiones políticas de la segunda mitad del siglo XX, pero esta perspectiva dificulta la comprensión de un fenómeno de comienzos del siglo XIX y no ayuda a explicar la figura de Belgrano. En este trabajo, se intentará formular una respuesta superadora de estos planteos a partir de analizar la naturaleza del proceso histórico del cual Manuel fue parte y de especificar las necesidades de representación y de liderazgo de su tiempo.

El siglo XVIII fue un período de profundización de transformaciones que se venían desarrollando en todos los ámbitos del quehacer humano. La denominada Revolución Científica concluye por dar cuerpo, con Isaac Newton, a una nueva cosmovisión dada por una comprensión de la naturaleza en términos matemáticos, que posibilitó una aplicación del conocimiento a la solución de problemas concretos de la vida práctica. Algunos de estos desarrollos científicos permitieron innovaciones tecnológicas que posibilitaron progresos en la navegación y en la automatización de la producción, cuestiones que estarían en la base de la Revolución Industrial, fenómeno que introdujo cambios correlativos en el orden social con la aparición de nuevos actores que trastocarían el orden preexistente. A su vez, las nuevas ideas promovidas por la Ilustración expresarían el proceso de cambio integral que se estaba desarrollando. La emancipación de las colonias británicas de Norteamérica, la Revolución francesa y las guerras napoleónicas fueron consecuencias de estos procesos que abrieron nuevos espacios de participación política que encontraron en la consolidación de las identidades nacionales la conquista de derechos fundamentales que caracterizan a la modernidad.

En su monumental obra *De la Guerra* (1832), Carl von Clausewitz conceptualizó que el conflicto bélico era una manifestación

más del quehacer social y que los ejércitos expresaban la composición social, política y territorial de una época. Clausewitz, protagonista y observador de las guerras napoleónicas, y en particular de la resistencia española de 1808 y de la posterior invasión a Rusia, infirió que en los conflictos armados de su tiempo existía un cambio de naturaleza en la manifestación de los conflictos armados. En la nueva guerra tomaban parte actores sociales que, hasta entonces, eran marginales en los asuntos del Estado e irrumpían en la escena política a través de canales alternativos de participación, como ser la movilización militar.

A este fenómeno de afirmación de identidades nacionales, que se expresaba en términos de lucha armada, el pensador alemán lo denominó “la guerra del pueblo” (Clausewitz, 1965. Cap XXVI, 232) y lo definió así: “Se han roto sus antiguas barreras, por consiguiente, como una expansión y un fortalecimiento de todo el proceso fermentivo que llamamos guerra” (Von Clausewitz, 1965: 233). También afirmó que la participación de los nuevos sectores sociales sería percibida “como un medio revolucionario, un estado de anarquía declarado legal, tan peligroso para el orden social de nuestro país como para el del enemigo” (Ibid.: 234).

Su agudo análisis sociológico le permitió advertir que los cambios que se estaban desarrollando alrededor del arte militar respondían a un “principio trinitario” (Van Creveld, 1991, 67) que articulaba al Pueblo, el Ejército y el Estado. El resultado de la articulación de esta relación estratégica definiría el curso de la guerra: “La nación que hiciera un uso acertado de este medio adquiriría una superioridad” (Ibid.: 237). También sostenía que las milicias no ganaban la guerra si no contaban con el apoyo de un Ejército regular y un Estado que sostuviera y coordinara el esfuerzo bélico con un sistema de requisiciones y de reclutamiento general. Estos instrumentos debían ser estudiados ya que ponían a disposición de una nación una cantidad de recursos complejos, cuyo correcto empleo podría ser decisivo para lograr la victoria.

En sus consideraciones de orden táctico, Clausewitz sostuvo que la guerra del pueblo requería un profundo conocimiento del

terreno y el aprovechamiento de las destrezas particulares de una población pobre acostumbrada a las privaciones, y afirmó que los campesinos no eran soldados y debían atacar dispersos en combates de encuentro que les permitieran golpear y salir.

Según lo descrito, se entiende que la conducción de la guerra de un pueblo en armas va a requerir de líderes que desarrollen un pensamiento estratégico y una acción de mando que les permita articular los objetivos políticos del Estado con la conducción técnica militar y un profundo conocimiento del territorio y de la idiosincrasia popular, tanto para lograr el apoyo al ejército como para movilizar a la población a pelear contra el invasor. Es decir, el conductor de un pueblo en armas debe reunir en distintas proporciones dotes de estadista, estratega y caudillo.

El desarrollo económico social de la América hispánica fue parte de una “economía mundo” (Wallerstein, 1979), cuyos criterios de explotación y organización política fueron de características modernas, y la dominación colonial fue una característica esencial de ese período histórico (Mignolo, 2010). En su obra sobre la economía potosina, Enrique Tandeter (1999) demostró que los métodos de extracción minera no eran diferentes a los empleados en Europa, así como Steve Stern (1986), en su estudio sobre el Estado virreinal, concluyó que esta entidad política era de características modernas. El proceso transformador que se abrió con la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos afectó tanto a Europa como a América, ya que la naturaleza de la guerra de la independencia de las colonias españolas fue similar a los conflictos armados europeos contemporáneos a ella.

Tulio Halperín Donghi describió el período iniciado con la Invasión Inglesa de 1806 como una revolución social que se desarrolló a través de una guerra que se prolongó por 20 años en la lucha por la independencia y transformó a la sociedad estamental indiana y al orden político y económico establecido. Otro notable historiador, Juan Carlos Garavaglia, estudió cómo la militarización expresó la movilización política de la sociedad urbana y rural que luego se extendió a todo el proceso de la

organización nacional. Este fermento revolucionario que atravesó a toda América respondió al fenómeno “pueblos en Armas” (Clausewitz, 1965. Cap XXVI, 147) enunciado por Clausewitz y es en esta categoría donde debemos buscar las respuestas a las características de la conducción de la guerra que definen el liderazgo de Manuel Belgrano.

Los pueblos en armas

La gesta de la independencia en Hispanoamérica fue un proceso histórico de ruptura del vínculo colonial con la metrópoli que abrió paso a la fragmentación de un espacio común que dio origen, en su devenir, a las actuales identidades nacionales. Fue una lucha prolongada que conmovió a toda la región, incorporando tempranamente a sus pueblos al concierto de naciones fundadas sobre ideales que aún eran una aspiración en el Viejo Mundo, como la república y la soberanía popular. También esta lucha se cimentó en un sentido social que puso fin, de hecho, a la esclavitud y al trabajo forzado de los pueblos originarios.

En el pensamiento de principios del siglo XIX, según la teoría del Padre Suárez, el poder soberano procedía de Dios, quien investía al pueblo, y éste al Rey por el “pacto de sujeción” (Chiaromonte, 2004: 67). En caso de vacancia del soberano, el poder volvía al pueblo por la figura de la retroversión de la soberanía. Pero ¿quién era el pueblo en este mundo hispánico? Una respuesta nos la provee el Dr. José Carlos Chiaromonte (2004: 67), quien estudiando el significado de este concepto, demuestra que, en ese contexto histórico, no era aún el contenido abstracto elaborado por el Abad de Sieyes en la Revolución Francesa, consagrado en la Constitución de 1853, sino que se entendía por los “pueblos” que, por en ese entonces, eran las ciudades con Cabildo. De allí que las instituciones comunales tuvieran un rol central en los primeros años de la gesta de la emancipación y en el proceso de afirmación de las autonomías regionales respecto de la Capital mediante la conformación de nuevas entidades políticas – las provincias– que serían figuras centrales en la construcción de la nación argentina.

Con la caída de la Junta de Sevilla Buenos Aires, como capital del Virreinato, asumió la iniciativa política, en 1810, de romper el pacto de sujeción, pero su legitimidad de liderazgo estuvo cuestionada desde el origen del movimiento revolucionario por ser un par entre las ciudades con cabildo. Siguiendo la lógica de Buenos Aires, los pueblos fueron

retrotrayendo el poder, reclamando su autonomía y sólo la causa superior de la independencia resultaría un aglutinante; el resto de las decisiones siempre serían una fuente de crecientes conflictos armados que se expresaría en la movilización de las milicias urbanas y rurales. Retomando la visión de Halperín y Garavaglia, fueron las milicias quienes canalizaron la participación de los nuevos actores sociales que entraron en la escena política, siguiendo la lógica de la organización de las fuerzas militares en el Virreinato, que estaba reglada por las Ordenanzas de Carlos III, donde se disponía que cada ciudad debía movilizar un cupo de vecinos para casos de emergencia y establecía las pautas de ejercitación que debían realizar regularmente para su adiestramiento.

Las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807 desataron el proceso de participación ciudadana a través de la formación de los cuerpos de milicias urbanas que trastocaron para siempre el orden colonial. Tras la Reconquista de la ciudad de Buenos Aires, el Cabildo Abierto del 14 de agosto de 1806 dispuso la creación de un Ejército de la ciudad, nombró jefe de esa fuerza a Santiago de Liniers y negó la posibilidad de retorno del virrey Sobremonte a la capital del Virreinato. En términos de autonomía política, este Cabildo Abierto fue más trascendente que el del 22 de mayo de 1810.

La Convocatoria de Liniers a los vecinos de la ciudad para organizar el Ejército de Buenos Aires se realizó por lugar de nacimiento, haciendo énfasis en el “esforzado y fiel americano” (Beverina, 2015: 233), a los europeos se los agrupó por su provincia de origen y se organizaron también unidades de castas e indios. El llamado permitió conformar una fuerza de más de 8.000 efectivos que convirtió a las milicias en el elemento central del sistema militar respecto de las tropas regladas que, mayoritariamente, habían sido enviadas a Montevideo. Además, Liniers dispuso que las unidades eligiesen a sus jefes, lo cual convertía a esos vecinos en verdaderos referentes políticos. La movilización de las milicias estaba instalada y la Defensa de Buenos Aires fue un bautismo de fuego que les proveyó un gran prestigio en toda Sudamérica. A medida que la guerra de la emancipación se fue desarrollando, el sistema se extendió al resto del territorio y constituyó el principal instrumento de lucha de los pueblos por su independencia y, luego, por su autonomía.

El Estado virreinal nunca tuvo capacidad para contener y regular el proceso de movilización social, ni tampoco pudo subordinar a las milicias urbanas. La Asonada de enero 1809 fue un intento del Cabildo,

controlado por el Alcalde Félix de Álzaga, quien apoyado en las milicias de origen europeo, buscó desarticular la base popular del virrey Liniers, hecho que señala el grado de fragmentación del poder colonial tras las invasiones inglesas.

En 1810, con intención de afirmar el movimiento de mayo, la Junta Provisional dispuso considerar a las milicias urbanas de Buenos Aires como tropas regulares, es decir, dependientes del Estado central, y enviar expediciones auxiliares al Perú y al Paraguay, que debían ser complementadas con milicias locales. En este contexto se plantearon las primeras manifestaciones que caracterizaron el desarrollo de la guerra de la independencia: la compleja relación entre Buenos Aires y el Interior y, complementariamente, la tensión entre las fuerzas que dependían del Estado central y las de reclutamiento local. En términos del principio trinitario de Clausewitz, de la comprensión de este proceso y de cómo se articulara esta relación dependía, en gran medida, el éxito de la contienda.

En esta perspectiva, el rol histórico de Manuel Belgrano trasciende una profesión, fue aquello que requería el movimiento revolucionario: una figura un líder polifacético que, al decir del general Paz, supo superar “la desconfianza que al fin se disipó enteramente; las personas timoratas se identificaron con los campeones de la libertad, y esta se robusteció notablemente; nuestras tropas se moralizaron, y el ejército era ya un cuerpo homogéneo con las poblaciones, é inofensivo á las costumbres y á las ciencias populares” (Paz, 1892: 342). Entendemos que la categoría “conductor de un pueblo en armas” no sólo permite una explicación adecuada de la naturaleza del conflicto que significó la ruptura del vínculo colonial, sino que también facilita la comprensión de la diversidad de roles y la variedad de escenarios en los que le tocó actuar.

Manuel Belgrano

Manuel Belgrano nació en Buenos Aires en 1770, en el seno de una próspera familia de origen genovés dedicada al comercio ultramarino. Por su acomodada posición social, pudo trasladarse a España a recibir una sólida formación académica en abogacía y economía. A su regreso al Río de la Plata, en 1794, fue nombrado

por el Rey secretario vitalicio del Consulado de Buenos Aires, una institución cuyo propósito fue fomentar políticas destinadas al bienestar general, mediante la producción de frutos de la tierra y el comercio. También fueron reconocidos sus esfuerzos en el ámbito educativo, ya que promovió la fundación de la Escuela de Náutica, la Academia de Geometría y Dibujo, la Escuela de Comercio y la de Arquitectura y Perspectiva. Estas escuelas fueron cerradas en 1803 por el ministro Manuel Godoy por ser consideradas centros educativos que “eran de lujo y que Buenos Aires todavía no se hallaba en estado de sostenerlos” (Belgrano. 1814. 3)

En 1796, según nos relata en sus memorias, el Virrey Melo lo invitó a formar parte de las milicias de la ciudad. Así comenzó a desarrollar un rudimentario entrenamiento militar. Después de la Reconquista de Buenos Aires, como se ha mencionado, por disposición del Cabildo Abierto, la movilización ciudadana conformó regimientos por origen de nacimiento y cada sector eligió a sus propios jefes. Belgrano expresó: “después que se creó el cuerpo de Patricios, mis paisanos, haciéndome un favor que no merecía, me eligieron Sargento Mayor y, a fin de desempeñar aquella confianza, me puse a aprender el manejo de armas, y tomar sucesivas lecciones de milicia” (Paz, 1892: 49).

En esta frase observamos el nacimiento de otro Belgrano: el líder popular quien, elegido por sus pares, toma las armas para la defensa de la ciudad. Tuvo su bautismo de fuego en la heroica jornada del 5 de julio de 1807, donde los vecinos derrotaron a una fuerza expedicionaria veterana de más de 8.000 efectivos. Después de la batalla, pese a reconocer que no era su vocación, Manuel mantuvo su la condición de miliciano, dado que le permitía “ponerme, alguna vez el uniforme, para hermanarme con mis paisanos” (Ibíd.: 49). En 1810, Belgrano reiteró que su condición de Patricio fue la causa por la cual “mis paisanos me eligen para uno de los vocales de la Junta Provisoria” (Ibíd.: 50). Estas son referencias permanentes al sujeto social que se estaba desarrollando y que promovía los cambios que llevaron a Manuel

a aceptar ser un representante activo de sus intereses.

Como se ha expresado, la Junta Provisional dispuso considerar a las milicias urbanas de Buenos Aires como tropas regulares y enviar expediciones auxiliares al Perú y al Paraguay. A Belgrano le fue conferido el mando y, posteriormente, el grado de brigadier para llevar adelante la Expedición Auxiliadora a la Provincia del Paraguay de principios de 1811, lo cual generó el cuestionamiento de militares de carrera que se sintieron postergados por su designación. Luego de las derrotas de Tacuarí y Paraguarí, fue transferido al frente de la Banda Oriental y, tras el movimiento del 6 de abril, con el advenimiento de la Junta Grande, los rivales políticos de Belgrano se empoderaron en el gobierno y dispusieron un juicio que evaluara su ejercicio del cargo. En pocos meses, la revolución había devorado a líderes como Liniers, Moreno y Alzaga y, poco tiempo después lo haría con Saavedra, entre otros.

Como se puede inferir, la controversia acerca de su capacidad militar acompañó a Belgrano desde su primer nombramiento. En 1814, también cuestionado por las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, escribió una *Memoria* en la que se defendía y acusaba:

Todos mis paisanos, y muchos habitantes de la España, saben que mi carrera fue la de los estudios, y que concluidos estos, debí a Carlos IV, que me nombrara secretario del Consulado de Buenos Aires, en su creación; por consiguiente, mi aplicación, poca o mucha, nunca se dirigió a lo militar; y si en el año 96, el virrey Melo, me confirió el despacho de capitán de milicias Urbanas, de la misma capital, más bien lo recibí, como para tener un vestido más que ponerme, que para a tomar conocimientos en semejante carrera. (Ibíd.: 51)

Cabe preguntarse: ¿quién acreditaba méritos de veterano en el Río de la Plata de 1810? En un tiempo en el que aún no existían institutos educativos específicos, los cuadros castrenses se formaban en los cuarteles, que en el Virreinato no eran muchos. Salvo el Cuerpo de Blandengues, habituado a los combates de encuentros con los indios en la frontera, el resto de los militares profesionales de esa época tuvieron su bautismo de fuego en las Invasiones Inglesas junto con los milicianos, entre ellos Belgrano, Güemes, Saavedra y Bustos. Otros, como Rondeau y los

hermanos Balcarce, que eran parte de la fuerza regular, fueron hechos prisioneros por los ingleses en Montevideo y trasladados a Londres. En estas circunstancias, el escenario europeo cambió con la invasión francesa a España y los prisioneros del Río de la Plata pasaron a ser aliados de los británicos y fueron enviados a la Península Ibérica como parte del contingente al mando del Duque de Wellington.

Esta tensión puede encuadrarse en la rivalidad entre cuadros de origen miliciano con los de las fuerzas regulares, como lo expresa Belgrano en la mencionada *Memoria*:

Pero ellas me atrajeron la envidia de mis cohermanos de armas, y en particular el grado de Brigadier que me confirió la misma Junta, haciendo más brecha en el tal don Juan Ramón Balcarce, que además, había sido el autor para que no fuese en mi auxilio el cuerpo de Húsares, de que el era Teniente Coronel, intrigando y esforzándose con sus oficiales, en una junta de guerra, hasta conseguir que cediesen a su opinión, exceptuándose solamente uno, que en honor · debo nombrar, don Blas Jose Pico. (Ibid.: 55)

Este conflicto se extendió al Ejército del Norte, donde ambos jefes se volvieron a encontrar:

Confieso, que me había propuesto no hablar de las debilidades de ninguno, que yo mismo había palpado desde que intenté la retirada de la fuerza que tenía en Humahuaca á las órdenes de don Juan Ramón Balcarce, autor del papel que acabo de referir; pero, habiéndome incitado á ejecutarlo, presentaré su conducta á la faz del universo, con todos los caracteres de la verdad, protestando no faltar á ella, aunque sea contra mí, pues este es mi modo de pensar y de que tengo dadas tantas pruebas, muy positivas, en los cargos que he ejercido desde mis más tiernos años, y de los que he desempeñado desde nuestra gloriosa revolución, no por elección, porque nunca la he tenido, ni nada he solicitado, sino porque me han llamado y me han mandado, errados á la verdad, en su concepto. (Ídem)

Sobre estas disputas de cargos, seguramente normales en cualquier período, la historiografía ha centrado un debate sobre la aptitud militar de Belgrano. La pregunta para formularse sería: ¿cuál debería un marco referencial para definir la capacidad militar hasta el arribo de San Martín al Río de la Plata? Pueyrredón, Antonio González Balcarce y Rondeau, quienes estuvieron al

frente de los ejércitos, no tuvieron los resultados que cosechó Belgrano en los campos de batalla, ni lograron la adhesión popular a la causa emancipación que éste obtuvo en el Norte y en el Alto Perú. En cuanto opiniones profesionales, el general San Martín opinó en ocasión de discutirse el mando del Ejército del Norte: “En el caso de nombrar quien deba reemplazar a Rondeau, yo me decido por Belgrano: éste es el más metódico de los que conozco en nuestra América lleno de integridad, y talento natural: no tendrá los conocimientos de un Moreau o Bonaparte en punto a milicia, pero créame usted que es lo mejor que tenemos en la América del Sur” (Otero, 1966: 282) y el general Paz agrega en sus *Memorias*: “El 20 de febrero, es un gran día en los anales argentinos; el general Belgrano se inmortalizó junto con él” (Paz, 1892: 153).

De este período, podemos concluir que Manuel Belgrano poseía la formación académica más sólida de su tiempo, un interés permanente por el bienestar general, así como la frustración de un funcionario que constató que dentro del orden colonial no había espacio para el desarrollo de su pueblo.

Como todos los de su tiempo, Belgrano tuvo que realizar un proceso de aprendizaje en las cuestiones militares que, como él mismo reconoció, nunca pensó que fueran su vocación, sino que el arte de la guerra fue una de las demandas que el sujeto social que encarnaba reclamó de sus líderes, en un conflicto cuya naturaleza exigió de sus conductores no sólo el conocimiento de los sistemas de armas y logísticos de su tiempo, sino fundamentalmente la comprensión de la idiosincrasia del pueblo para lograr su apoyo y, en ocasiones, su movilización activa para la lucha. Estos factores: Pueblo, Ejército y Estado, como sostiene Clausewitz, constituyeron el principio estratégico fundamental a articular para definir una conducción integral de la guerra de la independencia.

La primera experiencia del general Belgrano en el Ejército

del Norte

A principios de 1812, Belgrano logró superar los contratiempos políticos y el juicio al cual fuera sometido. Fue nombrado al frente de unas baterías de artillería organizadas en Rosario para custodiar el Río Paraná de los ataques de la flotilla realista, y fue en este ámbito donde su liderazgo comenzó a mostrar los rasgos de su real dimensión al darle a la revolución un sentido que, hasta el momento, podía estar implícito pero no manifestado: la lucha de los pueblos por su emancipación.

En Rosario, denominó a las baterías Libertad e Independencia y el 27 de febrero de 1812 enarboló una bandera blanca y celeste, “conforme a los colores de escarapela” (Pérez Torres, 2010: 22), según manifiesta en su carta al Triunvirato. El gobierno, sujeto a las indicaciones de Lord Strangford (1995), lo desautorizó respondiendo: “haga pasar como un rasgo de entusiasmo el suceso de la bandera blanca y celeste enarbolada¹, ocultándola disimuladamente y sustituyéndosela con la que se le envía” (pp. 318-319). Esta orden nunca llegó a Belgrano, dado que había partido hacia el Norte el 1° de marzo para reemplazar al general Pueyrredón como jefe del Ejército Auxiliar del Perú.

El encuentro con Pueyrredón se produjo en Yatasto a fines de marzo, donde éste le manifestó su preocupación por la indisciplina y las intrigas que reinaban entre el cuerpo de oficiales. Las causas de las desavenencias internas fueron variadas: la escasa formación militar de los oficiales, las rivalidades entre los cuadros por su origen diverso, tanto profesional como territorial, y una carencia estructural de recursos fueron los factores que contribuyeron a conformar una fuerza heterogénea y deliberativa, afectada también por altos índices de desertión. Como relata el general Paz en sus *Memorias*: “Pienso que una de las cosas que más contribuyó á captarle la confianza del General, fué el empeño que manifestaba de establecer una disciplina severa (punto que

1 Bandera de Macha que se encuentra en el Museo Histórico de la ciudad de Sucre, República de Bolivia.

no podía menos de agradar mucho al General), llegando á tanto, que quería aplicar sin discernimiento á nuestros ejércitos semi-irregulares, los rigores de la disciplina alemana” (Paz, 1892: 3). Belgrano se esforzó por dar cohesión y disciplina adoptando medidas ejemplificadoras que no siempre fueron acertadas por su inexperiencia y por cierta facilidad de su carácter a ser influido por opiniones interesadas.

Establecido el cuartel general en la ciudad de Jujuy, se conmemoró el segundo aniversario de la Revolución de Mayo, enarbolando nuevamente la bandera creada en Rosario. En su arenga al pueblo, Belgrano sostuvo: “Por primera vez veis la bandera nacional en mis manos, que ya nos distingue de las demás naciones del globo” (Pérez Torres, 2010: 32). Cuando el gobierno se enteró de este segundo acto, lo acusó de desobediencia al poder político. Sorprendido, respondió que nunca había recibido la primera orden y guardó la bandera, dedicándose a restañar heridas que el paso de la Primera Expedición al Alto Perú había dejado en la población norteña y a la preparación del Ejército frente a una inminente invasión realista que tomaba cuerpo con la ocupación de Cochabamba por parte del general Goyeneche.

En estas circunstancias, comenzó a gestarse una de las páginas más heroicas de nuestra historia, el “Éxodo jujeño”, donde se puso de manifiesto el sustento social de la Revolución y el liderazgo de Manuel Belgrano como conductor de un pueblo en armas, dispuesto a arrasar su propia tierra a fin de no dejar nada que pudiera serle de utilidad al invasor. Relata Paz sobre la trascendencia de la gesta:

Aunque estas providencias no tuvieron todo su efecto, por la precipitación de nuestro movimiento y la dificultad de llevarlas á efecto en toda su extensión, y aunque parezcan algo crueles, no trepido ni un instante en asegurar, que fueron de una gran utilidad política: ellas despertaron los ánimos ya medio resignados á sufrir el yugo español; ellas nos revolaron, haciéndolo mejor, la gravedad del compromiso que habíamos contraído cuando tomamos las armas contra el gobierno establecido por la metrópoli; ellas, en fin, nos hicieron conocer que era una cuestión de vida ó de muerte para nuestra patria, la que se agitaba, y que era preciso resolverse á perecer ó triunfar, fuera de que estas

medidas enérgicas, que recalán indistintamente sobre las personas más elevadas de la sociedad, hirieron la imaginación de las masas de la población, y las predispusieron ¿desplegar esa fuerza gigantesca, que ellas mismas ignoraban, y que después han hecho de las Provincias Bajas, un baluarte incontestable. (Paz, 1892: 50)

El movimiento de la población comenzó a principios de agosto de 1812 pero el del Ejército se retardó y quedó acampado en las afueras de Jujuy por la desconfianza que generaba en Belgrano la información remitida por Juan Ramón Balcarce desde la retaguardia. Esta desinteligencia tuvo como consecuencia que la retirada tardía hacia Tucumán se realizara con la vanguardia realista pisándoles los talones y con frecuentes choques entre ambas fuerzas. Frente a esta situación de apremio, Belgrano decidió librar un combate que frenara y desorganizara el avance enemigo. El 3 de septiembre, en el Río Piedras, el ataque patriota sorprendió a los realistas obligándolo a detenerse, lo cual le permitió ganar tiempo para llegar más aliviado a Tucumán.

Las instrucciones del gobierno eran claras: no exponer al Ejército a una batalla en condiciones desfavorables. Sin embargo la situación era compleja, estaba expuesto a ser alcanzado y obligado a combatir en la oportunidad que dispusiera el enemigo. Por otra parte, Bernabé Araoz, Rudecindo Alvarado y el Obispo Pedro Miguel Aráoz hicieron llegar la disposición del pueblo tucumano a resistir la ocupación de la ciudad, reforzando al Ejército con milicias y los abastecimientos posibles. Belgrano se decidió a dar batalla. Para ello convocó una Junta de Guerra y en 12 días se reforzaron las unidades de infantería y de caballería con paisanos y se impartió la instrucción posible. José María Paz, protagonista de esos hechos como joven teniente, expresó en sus *Memorias*: “Nuestro ejército, tendría como nueve cientos infantes y seis cientos caballos, incluso la milicia” (Ibíd.: 56), es decir, que el ejército realista los duplicaba en efectivos.

El general realista Pío Tristán nunca creyó que los patriotas estuvieran en condiciones de presentar batalla, por lo cual buscó rodear ciudad a fin de cortar su retirada, desplazándose en formación de marcha, sin las armas alistadas. Belgrano, por su

parte, fortificó la plaza y formó al Ejército en las afueras, previendo que la fuerza enemiga vendría desde el norte. El resultado de estas decisiones encontradas fue una sorpresa para ambas fuerzas. El Ejército patriota debió cambiar su dispositivo hacia el oeste, ocupando un lugar conocido como el Campo de las Carreras, con tres columnas de infantería al frente y dos elementos de caballería a sus alas, y mantuvo una importante fuerza de reserva.

En el inicio del combate, la columna de infantería criolla de la izquierda tuvo éxito en su ataque, lo cual fue aprovechado por la reserva al mando de Dorrego, quien atacó con gran ímpetu arrollando al enemigo en su frente, mientras la columna de infantería de la derecha comenzó a ceder y la caballería de ese sector eludió un enfrentamiento directo con la infantería para apoderarse del parque realista ubicado a retaguardia. La consecuencia de estos movimientos fue el desplazamiento de ambas fuerzas y un resultado indeciso y confuso del combate, mientras los patriotas tomaron más de quinientos prisioneros que alojaron en la ciudad, el campo de combate en poder de los realistas. Para completar este cuadro una manga de langosta cegó a los oponentes acrecentando el desconcierto de ambos oponentes.

Al anochecer, Belgrano había quedado aislado del resto del Ejército en un casco de estancia intentando clarificar la situación, mientras que Díaz Vélez, fortificado dentro de la ciudad con los numerosos prisioneros tomados, mantenía negociaciones con los realistas quienes intimaban su rendición. Entre las estafetas, que fueron y vinieron varias veces llevando información entre los puestos comandos del bando patriota, se hallaban José María Paz y Apolinario “Chocolate” Saravia, quienes narraron aventuras pintorescas durante esa noche incierta en sus respectivas memorias.

En estas condiciones, las negociaciones y mutuas amenazas duraron casi dos días. Finalmente, Tristán ordenó la retirada hacia Salta y aquel 24 de septiembre, en una jornada extraña desde el punto de vista militar, Belgrano había conservado la calma y la

voluntad de lucha, logrando una victoria de alcance estratégico que había salvado la revolución en el Río de la Plata. La entrega de su bastón de mando a la virgen de la Merced resalta el carácter providencial del triunfo.

Una de las consecuencias de la Batalla de Tucumán fue la caída del Primer Triunvirato y la designación de otro que convocó a la Asamblea General Constituyente del Año XIII. En estas circunstancias, Belgrano, ya en marcha hacia la ciudad de Salta, volvió a enarbolar la Bandera blanca y celeste y la hizo jurar al Ejército, el 13 de febrero, a orillas del Río Pasaje. Por primera vez en nuestra historia, una bandera que no era la española identificaba a un pueblo y guiaba a nuestras tropas. A dicho río, desde entonces, se lo conoce como Juramento: las decisiones de Belgrano también comenzaron a cambiar la toponimia del paisaje.

En su avance hacia Salta, dónde el Ejército realista se había posicionado, Belgrano con un mejor conocimiento del terreno, condujo sus tropas por la quebrada de Chachapoyas, un camino que le permitió eludir y sorprender a Tristán, obligándolo a cambiar de dispositivo en poco tiempo. El ímpetu del ataque patriota fue tal que su fuerza se desbandó y, derrotado, pidió la rendición. En esa batalla Doña Martina Silva entró en combate al frente de una partida de gauchos de ponchos celestes. Desde entonces se la conoció como la “Capitana”.

Es de destacar la figura del coronel Manuel Dorrego, jefe del Regimiento de la infantería de reserva en las batallas de Tucumán y Salta. En la primera fue el reconocido héroe de la jornada, quien arrolló al enemigo con su ímpetu, y en esta última también fue un jefe destacado. Pese a que Belgrano lo apreciaba y reconocía valor y capacidad de mando, tuvo problemas por sus permanentes intrigas con el resto de los jefes. Su carácter bromista, impulsivo y temperamental era causa frecuente de actitudes que afectaban la cohesión y disciplina del Ejército. Después de Salta, Belgrano lo trasladó a Buenos Aires con lo cual se privó de su participación en la Segunda Expedición Auxiliadora al Alto Perú. Su ausencia,

según reconoció el propio Belgrano, fue una de las causas de las derrotas en Vilcapugio y Ayohuma.

A principios de agosto de 1813, el Ejército ya se encontraba instalado en Potosí y Belgrano desempeñando una política activa en el Alto Perú. Según refiere Pérez Torres: “Dividió en 8 las provincias del Alto Perú...y colocó a la cabeza gobernadores de fuste, como Álvarez de Arenales en Cochabamba, Ortiz de Ocampo en Charcas, Ignacio Warnes en Santa Cruz” (Pérez Torres, 2010: 74). En poco tiempo, supo establecer una estrecha relación con los sectores criollos y los pueblos andinos y guaraníes que fue de vital importancia para sostener al Ejército y, posteriormente, restar apoyos al enemigo y establecer la base de la resistencia de la llamada “Guerra de las Republicuetas” que, hasta 1816, detuvo la ofensiva realista en esa región con “otros muchos jefes de tropas irregulares que hostilizaban á los españoles, como Lanza, Camargo, Padilla, Centeno y otros mil, que reunían gente colecticia y hacían la guerra á su modo” (Paz, 1892: 272).

Sin embargo, la suerte de las armas sería esquivada al Ejército Auxiliar del Perú, que fue derrotado por Pezuela en la batalla de Vilcapugio, el 1º de octubre de 1813. Belgrano se retiró hasta Macha, desde donde comenzó a reorganizar sus fuerzas con un gran apoyo indígena, llegando a remontar 3.400 efectivos que carecían de preparación militar. En esta situación, acudieron en su ayuda, el terrateniente de Chuquisaca Manuel Asencio Padilla su esposa Doña Juana Azurduy, quienes asistieron a las tropas con 300 corderos, cebada y otros sustentos (Pérez Torres, 2010: 74).

La batalla final de la campaña se produjo el 14 de noviembre en Ayohuma, donde la superioridad realista se tradujo en una cruenta derrota para el Ejército patriota, que inició su retirada desde el Alto Perú hacia el Sur. Sobre esta marcha, expresó el general Paz: “No hubo entonces riñas fratricidas, no pueblos sublevados para acabar con los restos del ejército de la Independencia; nada de escándalos que deshonran el carácter americano, y manchan la más justa de las revoluciones” (Paz, 1892: 17).

El gobierno central nombró general del Ejército del Norte al coronel José de San Martín. El encuentro de los próceres se produjo también en Yatasto (Metán), el 30 de enero de 1814, lo que generó un rápido y profundo entendimiento entre ambos que será trascendente para la causa de la emancipación americana. Junto a San Martín, retornaba al norte Martín Miguel de Güemes, quien había sido traslado por Belgrano a Buenos Aires como consecuencia de problemas disciplinarios que ambos dieron por superados en dicha reunión. Ese fue el inicio de una sólida amistad, cuya confianza y lealtad sería fundamental para enfrentar los mayores desafíos que aún esperaban a la causa de la emancipación.

Así finalizó la campaña de la segunda Expedición Auxiliadora al Alto Perú y también un proceso de aprendizaje, adquisición de experiencias y conocimientos que sentaron las bases de una conducción estratégica de la guerra a escala continental, de la que San Martín, Belgrano, Güemes y Pueyrredón fueron piezas fundamentales.

San Martín, Belgrano y Güemes

El 22 de junio de 1814, la Fortaleza de Montevideo se rindió ante el Ejército patriota, conducido por Carlos María de Alvear, quien había reemplazado a José Rondeau un mes antes, luego de la rendición de la flota realista. Caído el frente oriental, todo hacía pensar en la posibilidad de reorientar los recursos hacia el Alto Perú. Sin embargo, como señala José María Paz, el devenir de la guerra tendría otro destino:

Todo el país creyó, y hasta los mismos enemigos, que la toma de Montevideo nos daba una superioridad decidida, pues además de su importancia moral, nos dejaba disponible un ejército numeroso y aguerrido. Los españoles temblaron, los patriotas del Perú, que estaban oprimidos, se reanimaron, y todos creíamos cercano el término de nuestros afanes y peligros. ¡Qué error! Nunca estuvimos más distantes, y todo debido á nuestras divisiones y partidos. (Paz, 1892: 286)

Como se ha mencionado, si bien los pueblos fueron profundizando el proceso de reasumir capacidad de autodeterminación con relación al monarca, también se negaron a subordinarse a la capital. Entre 1815 y 1820, se produjeron pronunciamientos contra el poder de Buenos Aires que, como parte de una profunda transformación, fueron desarticulando no sólo el espacio del Virreinato sino también las intendencias, lo que dio origen a las actuales provincias.

El 2 de abril de 1815, Santa Fe declaró su autonomía con relación a Buenos Aires, asumió como gobernador Francisco Candiotti y se incorporó a la Liga de los Pueblos Libres, mientras que Salta eligió gobernador al general Martín Güemes el 15 de mayo. Pocas semanas después, el Congreso de Oriente, convocado por José Gervasio de Artigas, declaró la independencia de España y toda otra potencia extranjera, como también la autonomía de los pueblos respecto de Buenos Aires. La situación del Directorio que gobernaba las Provincias Unidas era crítica, Carlos María de Alvear fue destituido casi al sumir. Álvarez Thomas, su sucesor, terminó aceptando la gobernación de Güemes y convocando a un Congreso en Tucumán, pero en la relación con Artigas Buenos Aires no supo encontrar una base de entendimiento. Comprender este proceso resulta de fundamental importancia para entender el curso de la guerra de la independencia y del conflicto por la organización del país.

En el frente altoperuano, José Rondeau reemplazó a San Martín a fines de 1814 y, tal como sucediera con Artigas en la Banda Oriental, nunca logró construir una buena relación con Martín Miguel de Güemes. El combate del Puesto del Marquez² y el armamento tomado en Jujuy le permitieron al prócer salteño consolidar su poder militar y político en la región y desarrollar una autonomía que generó celos en Rondeau y en un cuerpo de oficiales dividido por las intrigas y la indisciplina. Segú la opinión

2 Combate librado en la Puna oriental, el 14 de abril de 1815, por la caballería patriota al mando de Martín Güemes y el Cnl Francisco Fernández de la Cruz dónde se derrotó a la vanguardia realista.

del general Paz (1892): “El general Rondeau era un perfecto caballero, adornado de virtudes y prendas estimables como hombre privado, pero de ningunas aptitudes para un mando militar, principalmente en circunstancias difíciles, como en las que se hallaba” (p. 292), “El General en Jefe parecía un ente pasivo y casi indiferente á lo que pasaba á su alrededor. Fuera de las órdenes de rutina, de esas generalidades vulgares, no se vio una sola providencia salvadora, un solo rasgo que denotase un espíritu superior, ni un relámpago de genio” (Ibíd.: 286).

A caballo de estos acontecimientos, el Ejército del Norte inició una nueva campaña hacia el Alto Perú que, pese a los refuerzos recibidos, no pasaba de 3.000 efectivos. Avanzó y fue derrotado por el general Joaquín de la Pezuela, el 29 de noviembre, en la batalla de Sipe-Sipe. La retirada que siguió fue caótica y Rondeau se impuso provocar una guerra civil, ocupando Salta para deponer a Güemes. En su avance sin ningún tipo de previsión, el Ejército carecía de sostén logístico y contaba con escasa caballada, lo cual dificultaba sus movimientos y lo exponía, frente a una creciente hostilidad de la población, al ataque de las partidas de gauchos. Si bien Rondeau ocupó la ciudad de Salta, pronto comprendió lo precario de su situación militar y, derrotado sin pelear, decidió acordar un encuentro con Güemes en la localidad de Cerrillos el 22 de marzo de 1816.

En realidad, el general Rondeau no sólo se encontraba en inferioridad militar sino también política. Se enfrentaba a un acuerdo de alcance estratégico, que venía madurando el general San Martín desde principios de 1814 con las voluntades de Manuel Belgrano, Juan Martín de Pueyrredón y el mismo general Güemes. En la concepción sanmartiniana, la guerra por la emancipación americana requería articular la resistencia de los pueblos, en este caso la “*guerra gaucha*” (Lugones, L. 1905. 5) para contener la invasión realista, a fin de dar tiempo y espacio al Ejército de los Andes en su campaña libertadora a Chile. Para ello, era necesario apoyar a Güemes con un Ejército de línea acuartelado en Tucumán, cuyo jefe sería, desde agosto de 1816, el general

Belgrano y disponer de un Estado central con objetivos políticos claros para sostener a ambos frentes. El acuerdo y la lealtad entre estos cuatro próceres explica el éxito en la guerra, que parece alinear, temporalmente, el principio trinitario formulado por Clausewitz.

El general Güemes, en carta al Congreso, que ya sesionaba en Tucumán, ratificó: “Hemos convenido que la unión de todos los pueblos, bajo el supremo mando del Estado, es el arma invencible que debe salvarnos. (...) Mientras yo gobierne Salta, esta provincia no se separará de la unión y obedecerá a las autoridades supremas por más que algunos intenten lo contrario” (Tolosa y Figueroa, 2001: 5). La trascendencia del Pacto de Cerrillos fue de tal valor político que el general San Martín expresó desde Mendoza: “Más que mil victorias he celebrado la mil veces feliz unión de Güemes con Rondeau. Así es que las demostraciones de ésta sobre tan feliz incidente se han celebrado con una salva de veinte cañonazos, iluminación, repiques y otras mil cosas” (Otero, 1966: 122).

En 1816, el Río de la Plata se hallaba en una complicada situación, los portugueses habían invadido la Banda Oriental y la “Guerra de la Republiquetas”, prácticamente había sucumbido con las muertes en combate de José Vicente Camargo, Manuel Padilla e Ignacio Warnes. El Ejército realista, conformado por 7.000 efectivos, con un fuerte núcleo de tropas europeas veteranas de las guerras napoleónicas al mando del general De la Serna, inició su avance hacia fines de ese año con siete regimientos de infantería y otro tanto de caballería, apoyados por un importante número de piezas de artillería. Su objetivo era detener el cruce de los Andes y poner fin a la insurrección sudamericana.

El general Güemes planificó enfrentar la invasión empleando componentes reducidos de gran movilidad en todo el territorio, controlando las vías de comunicaciones gracias a una mejor capacidad de movimientos que su enemigo y a un profundo conocimiento del territorio. El coronel Manuel Arias capitaneaba las partidas en Humahuaca, en la Puna oriental; se hallaba la

División Peruana al mando del marqués de Yavi y, a lo largo de la quebrada de Humahuaca, la vanguardia al mando de José María Pérez de Urdininea retardaba el avance. Este escalonamiento de fuerzas se completaba en Salta con las milicias gauchas de Güemes, que disponía de fuerzas experimentadas como los Infernales y otros escuadrones de renombre, mientras Belgrano sostenía esta arquitectura defensiva con un ejército de línea, disminuido pero veterano de varias campañas. Esta idea –que parece clara e incuestionable– fue permanentemente sabotada por un entrecruzamiento de intereses políticos y personales que requirieron de los líderes una confianza y seguridad del uno para con el otro a fin de sostener los grandes objetivos. El 18 de noviembre de 1816, Belgrano le escribió a Güemes:

Me honra Ud. demasiado con el adjetivo virtuoso; no lo crea Ud., no lo soy; me falta mucho para eso; tengo sí buenas intenciones y sinceridad y cuando me digo amigo y conozco méritos en el sujeto, lo soy y lo seré siempre, como lo soy de Ud, porque estoy al cabo de sus incomodidades, desvelos y fatigas por la empresa en que estamos, sin embargo de que me han querido persuadir de lo contrario, no los doctores sino una lengua maledicente que Ud. conoce, para quien nada hay bueno; que en cuanto vino de ésta me hizo la pintura más horrenda, que a no conocerlo yo, como lo conozco tiempo ha, me habría causado mucho disgusto. (Tolosa y Figueroa, 2001: 7)

El 24 de diciembre de 1816, el coronel Pedro de Olañeta conquistó Humahuaca y el 5 de enero de 1817 De la Serna ocupó Jujuy, mientras otras fuerzas realistas invadieron Tarija y Santa Cruz de la Sierra. Desde principios de enero, comenzaron a sucederse numerosos combates en todos los frentes: Juan Antonio Rojas derrotó a los Dragones de la Unión en San Pedrito; el Marqués de Yavi luchó en el frente de Tarija y el 2 de marzo el coronel Arias sorprendió con un golpe de mano en Humahuaca, donde se apoderó de la mayor parte del parque del Ejército invasor.

De la Serna, ya con su Ejército reunido en Jujuy, inició la marcha sobre Salta, que ocupó el 2 de abril, pretendiendo dar continuidad a su avance hacia Tucumán lo más rápido posible. El 20 de abril, el coronel Sardina partió hacia los valles Calchaquíes con 1.500 hombres; fue atacado al otro día por Luis Burela en

el Combate de los Cerrillos. El 25 de abril, Juan Antonio Rojas lo atacó en el Bañado. Días después, en un nuevo encuentro, Sardina fue herido y decidió regresar a la ciudad de Salta. Güemes le presentó batalla a campo abierto en Rosario de Lerma y lo derrotó completamente. De la Serna entendió que estaba sitiado, que sus vías de comunicación estaban cortadas y su retaguardia comprometida por los contingentes de Arias y Campero, más los que acechaban desde la Puna occidental.

Mientras tanto, en Tucumán Belgrano sostenía las guerrillas con apoyo logístico y el desarrollo de operaciones móviles, como relata el general Paz: “Aunque el General Belgrano se mantenía tranquilo, con el ejército de Tucumán, no dejó de tentar algunas operaciones parciales” (Paz, 1892: 311). El teniente coronel don Daniel Ferreira fue mandado a la región Este de Bolivia y el comandante Mercado reunió a los dispersos de Ignacio Warnes. Esto obligó a los españoles a distraer fuerzas en su retaguardia.

La más importante de las acciones ordenadas por Belgrano fue la encomendada al coronel Araoz de Lamadrid, quien con una fuerza de 400 hombres causó “una verdadera sorpresa para los cuerpos españoles destacados en las guarniciones, encontrar á su frente tropas regulares y disciplinadas, cuando solo esperaban grupos de indios ignorantes y desarmados. La expedición del comandante La Madrid, era un golpe de rayo que hubo de dar valiosos resultados” (Ibíd.: 312).

La fuerza regular patriota tomó Tarija el 15 de abril y atacó Chuquisaca el 20 de mayo, logrando eludir a las fuerzas españolas y desorganizar su retaguardia. Araoz de Lamadrid escribió en sus *Memorias*:

La expedición que yo hice en marzo del año 17 por orden del Sr. General Belgrano hasta Chuquisaca, internándome con solo 300 hombres por el flanco izquierdo del ejército español, y sin ser sentido por él, hasta dicha capital de Charcas. Ni los mismos españoles dejaron de conocer y admirar el arrojo y perspicacia con que burlando la vigilancia de tan hábiles generales pude internarme no solo á más de 200 leguas a retaguardia de su ejército, ó cerca de ellas, sino que obligué a todo él á retroceder sobre mí dividido en tres fuertes divisiones; y pude al fin

después de tres meses de campaña la más penosa volver á reunirme á mi ejército con 46 hombres mas de lo que había sacado de Tucumán, y todo esto burlando á cada una de dichas tres fuertes divisiones y pasando a pie y mal armado por sobre las barbas de cada uno de ellos. (Aráoz de Lamadrid, 1855: 113)

De la Serna abandonó Salta el 5 de mayo. En su regreso sin gloria fue hostigado por partidas gauchas que lo desgastaron hasta el Río Desaguadero. La Batalla del Valle de Lerma había durado dos semanas, en las que el enemigo fue atacado en numerosos combates y se eludió un choque frontal y decisivo. No fue una guerra de guerrillas sino el resultado de una estrategia que supo combinar y complementar a fuerzas regulares con milicianas. Esta es la guerra que comprendió San Martín y que ejecutó a la perfección Güemes con el apoyo de Belgrano. Lamentablemente, la historiografía militar no se ha dedicado a un estudio profundo de esta resistencia, ni del talento militar del general Güemes.

Belgrano: la guerra civil y la disolución del Ejército y del Estado

La guerra civil entre la Liga de los Pueblos Libres y los intereses del centralismo portuario de Buenos Aires fue la causa de la desintegración del Gobierno central, previa disolución del Ejército del Norte y de la negativa de San Martín a volver con el Ejército Libertador para comprometerlo en los conflictos internos. Esta catástrofe se debió a la incapacidad de Buenos Aires de consensuar con Artigas una estrategia similar a la sanmartiniana, con un objetivo claro de dar prioridad a la causa de la independencia, tanto de España como de Portugal, consensuando el legítimo derecho a la autonomía que planteaban los pueblos.

Frente a los inicios de la invasión, a finales de 1816, Artigas despachó emisarios hacia Buenos Aires en un intento de lograr un acuerdo con las Provincias Unidas. Pueyrredón, frente a una opinión pública conmovida por la agresión, en un principio, accedió a apoyar la resistencia, imponiendo la condición de que

la Banda Oriental se debía subordinar al Directorio y al Congreso de Tucumán. Los términos no fueron aceptados y el Uruguay fue dejado a su suerte.

A principios de marzo de 1817, al tiempo que el general San Martín iniciaba el cruce de los Andes y derrotaba a los españoles en Chacabuco, el general De la Serna invadía Jujuy y los portugueses tomaron Montevideo y ocuparon las Misiones y Corrientes con la pasividad y complicidad del Directorio. Güemes, apoyado por el Estado y un Ejército regular, rechazó con éxito la invasión; Artigas, sin recursos, fue derrotado en todos los frentes y comprendió que mientras la facción centralista controlara el Estado no podría enfrentar al poder imperial.

El gobierno central comenzó a organizar un tercer ejército, llamado de “Observación” destinado a combatir los levantamientos internos, de quienes ya comenzaban a llamarse “federales”. En marzo de 1818, el general Juan Ramón Balcarce se instaló en San Nicolás, mientras su hermano Marcos marchaba hacia Entre Ríos y Juan Bautista Bustos, jefe del Regimiento de Infantería 2 del Ejército del Norte, era enviado desde Tucumán a Córdoba para sofocar un pronunciamiento autonomista. Una vez instalado en Villa los Ranchos, advirtió a las autoridades cordobesas “que su División no habría de salir sino para incorporarse al Ejército Auxiliar del Norte” (Serrano, 1996: 192), demostrando el rechazo a participar en el conflicto interno.

El general Paz reflexiona en sus Memorias:

Para ello debe advertirse, que esa resistencia, esas tendencias, esa guerra, no eran el efecto de un momento de falso entusiasmo como el que produjo muchos errores en Francia; no era tampoco una equivocación pasajera que luego se rectifica, era una convicción errónea, si se quiere, Pero profunda y arraigada. De otro modo sería imposible explicar la constancia y bravura con que durante muchos años sostuvieron la guerra hasta triunfar en ella. La oposición de las provincias á la capital, que se trataba. (Paz, 1892: 358)

Fue entonces cuando se le ordenó a San Martín volver para combatir contra el artiguismo y, si bien la posición política del Libertador era contraria al sistema federal, también era claro y coherente en advertir que estas cuestiones eran secundarias respecto de la guerra por la independencia y que nada debía apartar al Estado y a los Ejércitos de este fin. La negativa de San Martín a inmiscuirse en la lucha interna fue contundente, como también lo fue la contrariedad de Belgrano al dejar a Güemes sin apoyo frente a los realistas. Las cartas de Bustos a Arenales, como las apreciaciones de Paz, reflejan esta posición:

El general Belgrano no gustaba de esta guerra, y quizá la enfermedad que apresuró sus días, provino del disgusto que le causaba tener que dirigir sus armas contra sus mismos compatriotas (...) La guerra civil repugna generalmente al buen soldado, y mucho más desde que tiene al frente un enemigo exterior y cuya principal misión es combatirlo (...) Y a la verdad, es solo con el mayor dolor que un militar, que por motivos nobles y patrióticos ha abrazado esa carrera, se vé en la necesidad de empujar su espada en sangre de hermanos. (Ibíd.: 354)

Por órdenes de Pueyrredón, Belgrano condujo al Ejército del Norte hacia Córdoba, mientras Viamonte comandaba el Ejército de Observación. Al asumir Estanislao López como gobernador de Santa Fe³, se encontraba ante la amenaza de combatir en dos frentes, por lo que dispuso llevar adelante una ofensiva contra las tropas del Ejército del Norte, atacando al general Bustos en Fraile Muerto –15 de noviembre de 1818– y en la Herradura –18 de enero de 1819– y fue rechazado en ambas ocasiones. De esos combates, relata el general Paz: “En el primer ensayo que tuvieron con el ejército que se decía auxiliar del Perú, aprendieron a respetarlo, y su General, el digno Belgrano, fué, si no me engaño, un objeto de respeto y estimación para los mismos montoneros” (Ibíd.: 336). No obstante, reconoció que:

Aunque los federales ó montoneros no tuviesen táctica, ó mejor dicho, tuviesen una de su invención, se batían con el más denodado valor; su entusiasmo degeneraba en el más ciego fanatismo, y su engreimiento por causa de sus multiplicadas victorias sobre las tropas de Buenos Aires, se parecía al delirio. Entre los hombres que perdieron en la carga,

3 El 23 de julio de 1818.

que serían treinta, solo uno se pudo tomar vivo y herido también, pues los otros prefirieron morir con sus armas en la mano. (Ibíd.: 329)

El gobierno central parecía tener la partida ganada a principios de abril, pero sorpresivamente se firmó un acuerdo entre López y Viamonte, que luego fue ratificado por el Belgrano en el Convento de San Carlos (San Lorenzo) el 12 de ese mes, mediante el cual se firmó una tregua. Este hecho poco estudiado supuso para algunos la discreta intervención del general San Martín para salvaguardar la gesta de la emancipación y sostener a Güemes, nuevamente amenazado en la frontera Norte por Canterac y Olañeta. En esos días, Remedios de Escalada emprendió su retorno a Buenos Aires, lo cual generó versiones controvertidas sobre su cometido:

Al considerar la confianza con que el general San Martín la exponía a caer en manos de las feroces montoneras, llegaron algunos a sospechar que estuviese secretamente de acuerdo con los jefes disidentes, y que hubiese obtenido seguridades correspondientes. Venía á dar cierto viso de probabilidad á esta sospecha, la aversión que siempre había mostrado dicho General á desenvainar su espada en la guerra civil, como después lo ha cumplido religiosamente. (Ibíd.: 342)

El Armisticio de San Lorenzo fue el último acto público del general Manuel Belgrano. La aprobación por parte del Congreso del proyecto de Constitución de carácter centralista, que fue rechazada por la mayoría de las Provincias, volvió a desatar la guerra civil. Según el general Belgrano:

Esta Constitución y la forma de gobierno adoptada por ella, no es en mi opinión la que conviene al país; pero habiéndola sancionado el Soberano Congreso Constituyente, seré el primero en obedecerla y hacerla obedecer. Volviendo á las razones de su modo de pensar, decía: Que no tentamos ni las virtudes ni la ilustración necesarias para ser República, y que era tema monarquía moderada, lo que nos convenía. (Ibíd.: 349)

Frente al rechazo de la llamada Constitución de 1819, Pueyrredón renunció como Director Supremo el 9 de junio y San Martín hizo lo propio al frente del Ejército Libertador. José Rondeau asumió como nuevo jefe del Estado central y se dispuso a enfrentarse nuevamente con Artigas. Belgrano, que estaba muy enfermo, decidió dejar el mando militar al general Fernández de

la Cruz, el 11 de noviembre. En su despedida del Ejército Norte expresó: “Seguid conservando el justo nombre que merecéis por vuestras virtudes, cierto de que con ellas daréis gloria a la nación, y corresponderéis al amor que os profesa vuestro general” (Serrano, 1996: 122).

Dos meses después, el de 8 de enero de 1820, el Ejército del Norte se amotinó en Arequito. Paz, protagonista de ese hecho, expuso sus razones:

Para que el señor Alvarez no se escandalice si llegase á leer estos renglones, sepa que el objeto de algunos de los que concurrieron al movimiento de Arequito, fue sustraer el ejército del contagio de la guerra civil, en que imprudentemente quería empeñarlo el gobierno, para llevarlo al Perú á combatir á los enemigos de la independencia, que era su primera y principal misión. Se quiso hacer lo que hizo el ilustre general San Martín, y ojalá hubiera hecho también el general Belgrano. ¡Cuánta gloria hubiera esto producido para nuestro país ¡Cuántas víctimas y sacrificios menos! Si Bustos se apoderó del ejército, si se hizo nombrar Gobernador de Córdoba, si se estacionó allí, traicionando las esperanzas de todos, es culpa de él, como lo es el haber resistido á las patrióticas invitaciones que le hizo el general San Martín, para que obrase sobre el Alto Perú, mientras él hacía su campaña de Lima. (Paz, 1892: 202)

Epílogo

En este desarrollo, se ha intentado aportar una interpretación de un proceso histórico: la gesta de la emancipación americana a través de las categorías analíticas proporcionadas por Carl von Clausewitz, para formular una explicación fundada a los cambios en el fenómeno de la guerra que se manifestaban de manera simultánea, a principios del siglo XIX, tanto en Europa como en América.

El pensador prusiano enunció el concepto de pueblo en armas para describir un proceso expansivo por el cual nuevos actores sociales luchaban por adquirir derechos a través de la movilización armada. Entendemos que esta categoría permite interpretar el

fenómeno de la guerra de la emancipación americana desde una perspectiva superadora y, al mismo tiempo, aporta una mejor comprensión del rol histórico desempeñado por Manuel Belgrano –en estrecha relación con José de San Martín, Martín Miguel de Güemes y Juan Martín de Pueyrredón– para lograr la unidad de acción necesaria que permitiera alinear hacia un mismo fin los recursos del Estado y el apoyo del pueblo al esfuerzo de guerra, articulando así el principio trinitario (Estado-Ejército-Pueblo) que Clausewitz expresara como condición de éxito en este tipo de conflicto.

Fue el general San Martín quien comprendió la naturaleza del conflicto en su experiencia en España y desarrolló la estrategia superior de la guerra. Los generales Belgrano y Güemes fueron actores fundamentales de este entramado y resistieron las invasiones que permitieron al Ejército Libertador desarrollar una maniobra compleja que implicó la genética de fuerzas necesaria para crear un ejército, cruzar la Cordillera de los Andes, librar una campaña en Chile, crear una flota y llevar adelante la campaña en Perú. El general Pueyrredón fue leal a esta causa en apoyar, desde el Estado central, tanto al Ejército de los Andes como al del Norte, pero no tuvo la capacidad política de encontrar una solución superadora al conflicto entre el centralismo de Buenos Aires y el derecho de autonomía que reclamaban los pueblos libres.

El general Belgrano desempeñó numerosos roles en el proceso revolucionario: fue parte del primer gobierno patrio, fue diplomático, escritor y conductor militar en todos frentes de guerra. Fue el primero en hacer manifiesta la causa de la independencia con la creación de la bandera, reconcilió al Ejército con los pueblos del Norte, impulsó el Éxodo Jujeno, obtuvo las victorias militares más resonantes en las batallas libradas en territorio argentino y sentó las bases, en el Alto Perú, de la llamada “Guerra de las Republiquetas” (Mitre, B. 1960. 589) Según la opinión calificada del general Paz (1892): “la desconfianza al fin se disipó enteramente; las personas timoratas se identificaron con

los campeones de la libertad, y esta se robusteció notablemente; nuestras tropas se moralizaron, y el ejército era ya un cuerpo homogéneo con las poblaciones, é inofensivo á las costumbres y á las ciencias populares” (p. 342), y agrega sobre la táctica llevada adelante por Belgrano en la Batalla de Salta: “El 20 de Febrero, es un gran día en los anales argentinos; el general Belgrano se inmortalizó junto con él” (Ibíd.: 153).

En una segunda etapa, Manuel Belgrano fue quien sostuvo con el Ejército del Norte, asentado en Tucumán, las operaciones militares del general Güemes. Por el respeto y afecto que despertaba el general Belgrano, tanto en la población como en el Ejército, constituyó un elemento de confianza esencial para el general Güemes saber que las heroicas milicias gauchas estaban respaldadas por un Ejército veterano, conducido por un jefe militar probado, de amistad sincera y, fundamentalmente, leal a la causa de la emancipación y a la estrategia sanmartiniana.

Por esta caracterización, se concluye que Manuel Belgrano fue un relevante jefe militar y, por sobre todo, un líder que supo interpretar al sujeto social que se apropiaba del devenir histórico para conducirlo a la victoria y proveerlo de los símbolos que lo identificarían como nación ante los pueblos del mundo. Fue un verdadero conductor de pueblos en armas, conocedor profundo de la idiosincrasia popular y del territorio donde se desarrollaron las operaciones militares durante más de una década.

Los grandes protagonistas mencionados de este período, iniciado en 1806, quedarían fuera de la escena política y militar tras la crisis de 1820. Belgrano, hijo de una de las familias más ricas de Buenos Aires, dotado de la formación académica más sólida de su tiempo, volvió a su ciudad natal estando muy enfermo. Murió sólo y pobre el 20 de junio de ese año, el día conocido como el epicentro de la anarquía. El padre Francisco de Paula Castañeda escribió su obituario en su diario *El Despertador Teofilantrópico Místico Político*: “Es un deshonor a nuestro suelo, es una ingratitud que clama el cielo, el triste funeral, pobre y sombrío que se hizo en una iglesia junto al río, al ciudadano ilustre general Manuel

Belgrano” (Scenna, 1988).

Martín Miguel de Güemes, el único general de nuestra historia que murió en combate, fue abandonado de hecho por una Buenos Aires que se desligó de la gesta emancipadora para intentar imponer una hegemonía facciosa, carente de una visión integral. Tras su muerte, tuvo su obituario de la *Gazeta de Buenos Ayres*: “Murió el abominable Güemes... al huir de la sorpresa que le hicieran los enemigos con el favor de los comandantes Zerda, Sabala y Benítez, quienes se pasaron al enemigo. Ya tenemos un cacique menos” (Güemes, 1979: 244).

El general San Martín, de regreso del Perú, perseguido por Rivadavia, debió exilarse en 1824, con apenas tiempo para visitar la tumba de su esposa. Había sido coherente hasta el final con la causa de la emancipación americana, nada lo separó este objetivo y por ello acaparó el odio de quienes antepusieron sus intereses sectoriales por encima de la gran empresa común. Muchos años después, cuando Bartolomé Mitre comenzó a escribir su historia, instaló a San Martín y a Belgrano en el indiscutible podio de los próceres de la patria. Martín Miguel de Güemes debió esperar mucho tiempo; era demasiado gaucho, y cualquier parecido a la barbarie de Facundo, Rosas y Artigas, no tenía lugar en la Argentina “civilizada”.

Los propios protagonistas de ese tiempo eran conscientes de su abandono e incompreensión, que queda fielmente reflejado la carta que Martín Güemes le escribió a Belgrano desde Huacalera el 6 de noviembre de 1816:

Mi amigo y compañero de todos mis afectos: Hace Ud. muy bien de irse de los doctores, sus vocinglerías se las lleva el viento, porque en todas partes tiene fijado su buen nombre y opinión. Por lo que respecta a mí, se me da el menor cuidado, el tiempo hará conocer a mis conciudadanos, que mis afanes y desvelos en servicio de la Patria no tienen más objeto que el bien general; créame, mi buen amigo que éste es el único principio que me dirige, y, en esta inteligencia, no hago caso de todos esos malvados que tratan de dividirnos; Güemes es honrado, se franquea con Ud. con sinceridad. Es un verdadero amigo y lo será más allá del sepulcro y se lisonjea de tener por amigo a un hombre tan virtuoso como Ud. Así pues trabajemos con empeño y tesón, que si las

generaciones presentes nos son ingratas, las futuras venerarán nuestra memoria que es la única recompensa que deben esperar los patriotas desinteresados. (Fernández, 2002: 7)

El bicentenario del fallecimiento de Manuel Belgrano representa una oportunidad más, para las generaciones que gozan de los derechos consecuentes de su lucha y sacrificio, de rendir el justo homenaje y venerar su memoria, a través de variadas formas. El intento de aportar a la reconstrucción de su tiempo es el camino que elige esta obra, de la que con orgullo este artículo forma parte.

Bibliografía

Aráoz de Lamadrid, G. (1855). *Observaciones sobre las Memorias Póstumas del Brigadier General D. José M. Paz*. Buenos Aires: Imprenta de la Revista.

Belgrano, M. (2002). *Autobiografía*. Buenos Aires. Biblioteca Virtual Universal.

Beverina, J. (2015). *Las Invasiones Inglesas al Río de la Plata, Tomo II*. Buenos Aires: Circulo Militar.

Chiaramonte, J. C. (2004). *Nación y Estado en Iberoamérica*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.

Correspondencia de Lord Strangford (1941). Buenos Aires: Archivo General de la Nación.

Fernández, M. C. (2002). *Campanadas de la patria para la mistad entre Belgrano y Güemes*. Salta: Instituto Guemesiano de Salta.

Garavaglia, J. C. (2007). *Construir el Estado, inventar la nación*. Buenos Aires: Prometeo.

Güemes, L. A. (1979). *Güemes Documentado*. Buenos Aires: Plus Ultra.

Halperín Donghi, T. (1972). *Revolución y Guerra*. México: Siglo XXI.

Halperín Donghi, T. (2014) *El Enigma Belgrano*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Mayo Documental (1995). Buenos Aires: Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr Emilio Ravignani” UBA.

Lugones, L. (1905). *La Guerra Gaucha*, Buenos Aires: Arnoldo Moen y Hermano, Editores.

Mignolo, W. (2010). “La colonialidad: la cara oculta de la modernidad” en *Desobediencia epistémica. Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.

Mitre, B. (1960). *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires. Ed Estrada.

Otero, J. P. (1966). *Historia del Libertador José de San Martín, carta a Tomas Godoy Cruz*. Buenos Aires: Círculo Militar.

Paz, J.M. (1892). *Memorias Póstumas*. La Plata. Imprenta “La Discusión”.

Pérez Torres, E. (2010). *Bandera de Macha*. Salta: Hanna.

Scenna, M. A. (1988). “Un fraile de combate: Francisco de Paula Castañeda” *Revista Todo es Historia* (121).

Serrano, M. A. (1996). *Arequito*. Buenos Aires: Círculo Militar.

Stern, S. (1986). *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española*. Madrid: Alianza.

Tandeter, E. y Corol, J. C. (1999). *Historia económica de América Latina: problemas y procesos*. México: FDE.

Solís Tolosa, L. y Caro Figueroa, G. (2016), A 200 años del Pacto de los Cerrillos: del enfrentamiento al acuerdo. Salta Redsalta.com – Blog: goricaro.com

Toulmin, S. (2001). *Cosmópolis: el trasfondo de la Modernidad*. Barcelona: Península.

Von Clausewitz, C. (1965). *De la Guerra*. Buenos Aires: Círculo Militar.

Van Creveld, M. (1991). *La transformación de la guerra*. Buenos Aires, José Luis Uceda Editor.

Wallerstein, I. (1979). *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Madrid: Siglo XXI.